

DANIEL Q. KELLEY<sup>1</sup>

### SANTA TERESA DE JESÚS

**D**e Doña Teresa de Ahumada decían, según Auclair, que podría casarse con el hombre que ella quisiera. Le encantaban Amadis, Lancelot y Palmerin. Era *enemiguísima de ser monja*. Joven, linda, alegre y romántica. Por eso entró en el monasterio, porque se conocía a sí misma, porque pensaba que allí le curarían de su frivolidad y le sería más fácil ganarse el cielo. En los escritos de su madurez, se vislumbra, también, que sentía que no había ningún hombre del mundo que le pudiera satisfacer. Teniendo siete años, agarró a su hermano mayor y caminaba a lo que imaginaba era *tierra de moros* para ser martirizada y estar con *Dios para siempre, siempre, siempre*. Una romántica. A la cual el convento no le curó de nada: Durante dieciséis años hablaba con las demás monjas, cosía, rezaba un poco, y pasaba horas riéndose con las visitas que no dejaban de buscarle. Hasta metía su mano a través de las rejas para colocar mensajes en la mano de un hombre de Ávila. Una romántica que quería y no quería darse. Finalmente, un busto de Cristo afligido y un libro de Agustín confesor le sacudieron de su vida mediocre, falsa, y la verdadera Teresa irrumpió en la tierra y en el cielo: Fundó la orden de Carmelitas Descalzas, sufría, rezaba, viajaba por España, pedía, aguantaba las tonterías de unas ricas, formaba amistades, fue trai-

<sup>1</sup> Integrante de la Comisión Editorial de la RANLE, es graduado del Institute of Technology (MIT) y de la universidad de Harvard, ambas en Cambridge, Massachusetts. Realizó estudios de postgrado en el Institute for the Educational Sciences (Roma) y en la Universidad de Navarra, España, en las áreas de Filosofía y Leyes. <http://www.anle.us/355/Daniel-Q-Kelley.html>

cionada, no le entendían unos prelados, rezaba, cantaba, sufría física y emocionalmente, fundaba una docena de monasterios de mujeres, fundaba monasterios de hombres, las noches escribía sus reglamentos y autobiografía porque su confesor se lo mandó. Su reconversión fue *una pequeña determinación*, palabra que usaba con frecuencia en sus escritos. Se enloquecía de amor de Dios: *Vivo sin vivir en mí / y de tal manera espero, / que muero porque no muero.*

Sus mejores versos son el comienzo de un poema escrito en verso libre, algo raro para la época:

*Nada te turbe,  
Nada te espante,  
Todo se pasa,  
Dios no se muda.  
La paciencia  
Todo lo alcanza;  
Quien a Dios tiene  
Nada le falta:  
solo Dios basta.*

Son los mejores porque han tenido la virtud de consolar y acercar a muchas almas a Dios: Esto es el arte. En todo caso, su autobiografía y sus cartas, llenas de eventos extraños, consejos prácticos y bromas son más ilustres que sus poesías. *Aunque las mujeres no somos buenas para el consejo, algunas veces acertamos.* Pues, sí, Señora Fundadora. *De devociones absurdas y santos amargados, líbranos, Señor.* Ya entrada en años, enferma, sufría la vaivén de un carro incómodo que le llevaba adonde problemas y más problemas, como siempre. Llovía. El puente rústico, sin barreras, apenas se veía debajo del torrente del arroyo. El carro empezó a volcarse, y la futura santa saltó al agua. *¡Señor, con tantos males y encima esto!* Escuchó una voz conocida: *Teresa, así trato a mis amigos.* La futura Doctora de la Iglesia le contestó: *Dios mío, por eso tienes tan pocos.*